

«Creo en el Espíritu Santo»

CARLOS F. BARBERÁ

INTRODUCCIÓN

Por habituados que estemos a los enunciados cristianos -como mensaje que nos ha venido envuelto en nuestro entorno cultural- nunca agotaremos su capacidad de sorprendernos. Y si se puede decir que todas sus verdades son sorprendentes y no existe una que lo sea más que las demás, hay, sin embargo, una ocasión en la que Juan, dirigiéndose a sus lectores, da rienda suelta a su asombro: «*Ved qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamamos hijos de Dios; ¡y lo somos!*» (1 Jn 3,1). Y no es para menos: la promesa engañosa de la serpiente a Eva («*si coméis del fruto prohibido seréis como Dios*») se ha cumplido finalmente. Lo que nadie podía atreverse a esperar, ha sucedido. Hasta tal punto que cuando se manifieste lo que seremos «*seremos semejantes a Dios y lo veremos tal cual es*» (3,2).

Parafraseando el conocido poema de Péguy, se podría decir:

*«Que haya Dios, es algo que no me extraña, que no tiene nada de raro
¡Porque brilla de tal manera en su creación!*

*Que Dios se haya hecho hombre es algo que no me extraña en absoluto.
Estas pobres criaturas son tan desdichadas que, a menos de tener un
corazón de piedra, tenía que venir en su auxilio. ¡El Hijo, su hermano,
les tuvo tanto amor!*

*Pero que Dios haya hecho iguales a sí a los seres humanos, esto sí que
me extraña, esto sí que es verdaderamente asombroso».*

Y, sin embargo, por asombroso que ello sea, lo cierto es que los primeros seguidores de Jesús hicieron esta experiencia, la fueron

rumiando, se preguntaron por su origen, intentaron alcanzar su fuente. Pasarán siglos hasta que articulen una formulación que se ha seguido repitiendo en el Credo oficial de la Iglesia: «*Creo en el Espíritu Santo*» (Concilio Niceno I, año 325).

Porque, en efecto, la encarnación y la santificación -ese hacernos como Dios - son los ejes de la fe cristiana. Y la última es obra del Espíritu Santo.

Y, sin embargo, todo ello no deja de encontrar hoy **muchas dificultades**.

La primera viene de que «*ya somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos*». Si esa santificación no se manifiesta, no se experimenta, apenas podrá ser contada y reconocida. En un mundo construido en gran medida sobre experiencias, lo que no puede verse y tocarse no existe.

La segunda dificultad viene de las categorías "esencialistas" en que esa verdad se explica. Quien se asome a un tratado de teología sobre la Trinidad se verá confrontado a conceptos filosóficos como persona, substancia, generación, procesiones... Pero hoy, lo dice Rahner, «*se piensa 'existencialmente'. Se procurará, por tanto, experimentar 'vivencialmente' la realidad de la gracia, en la medida en que sea posible, allí donde se está en la existencia propia; se querrá ver la gracia sobrenatural... como la entelequia y fuerza de la existencia experimentada de forma vivencial y concreta*». Las categorías "esencialistas" nos ayudan poco para una comprensión del misterio de Dios en nosotros.

Pero hay **todavía otra dificultad** que semeja más trivial, pero no es en la realidad menos influyente: es la que viene de la amenaza del ridículo. Jesús fue malentendido, perseguido, calumniado. Nadie le

hizo caer nunca en la banalidad o en la cursilería. Pero en nuestro tiempo proliferan las historias de zombies, de aparecidos, de reencarnados. Los "ghosts" de todo pelaje y condición invaden la literatura y los medios de comunicación social. En esa situación, desmitologizadora en el peor sentido de la palabra, el Espíritu Santo corre el peligro de convertirse en un espíritu más, tan banal como los otros y tan prescindible como ellos.

LOS POBRES DE LA TEOLOGÍA ESCOLAR

La teología escolar tiene muchos problemas para salir al paso de estas dificultades y su propia historia no le ayuda demasiado. La razón es la siguiente: Cuando los primeros discípulos reciben de Jesús el Espíritu hacen una experiencia tan totalizadora que no tienen problema alguno en reconocer que se está cumpliendo la profecía de Joel y que Jesús resucitado *«ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha derramado»* (Act 2, 33). No tienen ninguna duda sobre ello porque lo están viviendo y san Pedro así lo hace saber a la multitud reunida en Jerusalén el día de Pentecostés.

Sin embargo, por la influencia de la filosofía griega, la preocupación de los siguientes cristianos vendrá marcada por preguntas como; ¿quién es este Espíritu?, ¿por qué se le puede llamar Dios?, ¿qué relaciones tiene con el Padre y el Hijo?, ¿procede de uno de ellos o de los dos? Una preocupación creyente que acaba formulándose así:

«Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y que habló por los profetas» (Concilio Constantinopolitano I, año 381).

Los cristianos de hoy día recitan durante la misa esa confesión de fe, pero sin duda no son capaces de llenarla de contenido. Para decirlo

llanamente, no les dice nada. No es que no crean en lo que dicen. La Iglesia se lo ha enseñado y les anima a proclamarlo. Pero no sabrían decir por qué el Espíritu Santo es Señor, qué significa que proceda del Padre y del Hijo, en qué consiste esa gloria que recibe.

Y, sin embargo, nada hay que objetar a una fórmula que resume en su concisión siglos de reflexiones y debates. Nada que objetar, salvo que responde a unos presupuestos distintos de los dados en la tradición judía. Ciertamente, también los padres de la tradición hebrea quieren saber quién es Dios y no dudan en preguntarle por su nombre, pero las respuestas que reciben son siempre evasivas: «¿Por qué preguntas mi nombre?» (Ex 32, 2).

Conocer el nombre de alguien equivale en cierto modo a poseerlo, a tener un dominio sobre esa persona, al menos en la medida en que la traemos a nuestro ámbito. Pero no puede ser así cuando se trata de Dios. Dios es el misterio absoluto, no es una realidad más junto a las otras, ni un ser que se pueda nombrar igual que los demás. Al Dios de los israelitas no le interesa revelar su nombre; lo que quiere es despertar confianza porque pretende que se responda a su entrega con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Quiere, pues, poner de manifiesto que está al lado del ser humano y su tarjeta de presentación reza así: el Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob. «*Éste es mi nombre para siempre. Así me llamaréis de generación en generación*» (Ex 3,15).

Esta actitud le hace coincidir con las preocupaciones de aquel pueblo cuya interrogación permanente, desde que salió de Egipto hacia el desierto, fue: «*¿Está o no está Dios con nosotros?*» (Ex 17,7). Parece una pregunta egoísta, interesada, poco religiosa. Es precisamente todo lo contrario. Inquieta si Dios tiene un interés para los humanos, si y en qué sentido podemos decir que Dios es nuestro Dios.

Nosotros nos movemos en aquella herencia, tenemos interés por las mismas cuestiones y hemos recuperado aquellas antiguas preguntas. Las formulamos, por ejemplo, así: ¿Qué quiere decir que el Espíritu Santo ha sido derramado en nuestros corazones (*Rom 5,5*)?, ¿qué significa que el Espíritu habita en nosotros (8,9ss)?, ¿qué efectos produce, qué frutos da?, ¿es posible una experiencia del Espíritu?

Todas estas cuestiones las había descuidado la teología escolar por una razón que ya se ha explicado muchas veces. **Sostenía esta teología que Dios actuaba hacia fuera como Dios uno.** La diferenciación y las relaciones entre las personas divinas tenían lugar únicamente hacia dentro. Parece a ojos profanos una distinción sin importancia, pero en realidad las consecuencias de este planteamiento tenían largo alcance. De una parte, el tratado clásico *De Trinitate* queda aislado, como separado del resto de tratados teológicos. Los estudiosos de la teología -que hasta hace poco eran sólo los clérigos- aprendían todo sobre la esencia trinitaria de Dios, sobre sus relaciones, sobre la noción de persona y explicaban cómo su trinidad no impedía la unidad. Pero una vez acabado ese estudio se pasaba a los demás tratados de la teología sin que lo que se acababa de estudiar influyese para nada en ellos. En efecto, el resto de la teología trataba de Dios para nosotros y en ese sentido Dios se manifestaba únicamente como Dios uno. Si eso ocurría con los doctos en teología, para el creyente normal la distinción trinitaria había acabado por ser algo irrelevante. En realidad, a nadie le importaba gran cosa en su vida creyente que Dios fuera trino. Con creer en Dios ya era bastante para su fe.

Fue Karl Rahner quien en un artículo luminoso fue capaz de denunciar esta situación y de negar sus presupuestos. Su trabajo pivotaba sobre una formulación telegráfica que después se ha repetido mucho: «*La Trinidad económica es la Trinidad inmanente*». Es decir, la Trinidad tal como se da para nosotros y la Trinidad tal como se da en Dios en sí son verdaderamente la misma.

Mesías, no le pertenece. Pero si el Mesías está en vosotros, aunque el cuerpo muera por el pecado, el espíritu vivirá por la justicia» (Rom 8, 9s). «Porque el pensamiento de la carne es muerte, pero el pensamiento del espíritu es vida y paz» (ibid. 6).

El misterio de la divinización -en el lenguaje de los griegos- consiste en que Dios, sin perder su transcendencia, sin dejar de ser el innominado, aquél a quien nadie ha visto nunca, se hace, sin embargo, por el Espíritu, uno con nosotros. *«El que se une al Señor se hace un sólo espíritu con él» (Rom 8, 17).*

Por el Espíritu, el Dios transcendente se hace inmanente a nosotros y, sin confundirse con nuestro ser humano, nos hace descubrir lo más profundo de nosotros mismos: *«El Espíritu atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios» (Rom 8,16).* De modo que *«en aquello que ocurre entre el hombre Jesús y nosotros, al hacernos cristianos, vive el mismo Dios» (Karl Barth).*

LA EXPERIENCIA DEL ESPÍRITU

Pero para que no pueda argüirse que se trata sólo de bonitas palabras sin correspondencia en la realidad, para que no se diga que se pide una fe en algo imposible de experimentar, es preciso preguntarse ahora: ¿Es posible una experiencia del Espíritu?

Sí, es posible, rotundamente. Hay que afirmarlo sin lugar a dudas. No se experimenta al Padre, al que nadie ha visto nunca, porque está por encima de nuestras vivencias y de nuestras ideas. Ni se experimenta al Hijo. Se puede conocerlo, nombrarlo, seguirlo, pero la experiencia es algo distinto. **Sólo el Espíritu es experimentable.**

Pero dicho esto hay que añadir enseguida **dos advertencias:**

La primera es como sigue: Como dice san Pablo, *«el Espíritu lo escruta todo, pero no es escrutado por nadie»* (1 Cor 2,15). Por eso González Faus ha dicho que es mejor aludir a él, sugerirle, hablar sólo de la *«sensación del Espíritu. Como un aleteo que se percibe por una cierta vibración del aire. O como aquel famoso 'no sé qué quedan balbuciendo'»*. Y Panikkar abunda en lo mismo diciendo que esa experiencia consiste *«en la consciencia... de que se está como envuelto, como sumido en el conocimiento y en el amor, en la belleza en la que se ha penetrado con gozo»*.

Pero la segunda advertencia es igualmente importante: se trata de una experiencia de Dios y no se puede tomar por tal cualquier emoción pasajera, cualquier éxtasis individual o colectivo. Hoy sabemos que las emociones son fácilmente inducibles y que los éxtasis se pueden producir con las pastillas adecuadas. Es preciso, por tanto, saber delimitar la verdadera experiencia del Espíritu de sus sucedáneos engañosos.

Hace ya más de veinte años Josep Comblin hizo notar en un artículo algo evidente, pero en lo que hasta entonces no había caído la teología: que no son iguales la misión del Hijo y la del Espíritu. Y señalando rasgos que los distinguen, hacía notar lo siguiente:

«El Verbo se expresó en palabras y actos de un hombre. Por ello, sus expresiones se distinguen fácilmente de las palabras de otra persona o de las fuerzas naturales... Pero en la acción del Espíritu es distinto, porque no obra al lado de otras personas, sino en ellas y no es fácil discernir lo que en un acto humano pertenece al Espíritu, a la creatividad humana o a la cultura».

Importa, pues, señalar **algunos rasgos** que nos permitan ese discernimiento y que nos eviten caer en la trampa de tomar por obra del Espíritu lo que con frecuencia no es sino "humano, demasiado humano".

1) **El Espíritu es creatividad.** Los orientales echan a veces en cara a la teología católica el haber olvidado al Espíritu y como consecuencia le reprochan el subordinar *«el carisma a la institución, la libertad interior a la autoridad impuesta, el profetismo al juridicismo»* (Lossky). No queremos entrar ahora en esta polémica y sí en cambio comentar este párrafo con la afirmación de la carta a los corintios: *«Donde está el Espíritu del Señor, hay libertad»* (2 Cor 3, 17). Pero ¿qué sería esa libertad sin la capacidad y la posibilidad de crear, de innovar?

El Espíritu procede del Padre y como tal es irreductible a normas, a reglas. Va siempre más allá de lo dado, es *«sorpresa, imprevisto y novedad»* (G. Faus), puesto que, *«permaneciendo el mismo, todo lo renueva»* (Sab 7,27). Por eso Pablo anima a los romanos a vivir *«en la novedad del Espíritu y no en la caducidad de la letra»*. Se lo había dicho Jesús a Nicodemo, sin que éste acabase de entenderlo: *«El viento sopla donde quiere; oyes su voz, pero no sabes de donde viene ni a donde va. Así sucede con todo el que ha nacido del Espíritu»* (Jn 3,8).

Presencia y memoria de Jesús, esa es su misión: ayudar a sacar de las inmutables palabras de Jesús cosas nuevas y antiguas. Y no se piense que eso corresponde a ilustrados o eruditos. Por el contrario, Jesús mismo se alegró al ver que los capaces de hacerlo eran precisamente las personas sencillas y la historia del cristianismo lo confirma: a lo largo de ella puede mostrar innumerables figuras y caminos de creatividad, impulsos de permanente renovación, de fuego interior, de vida nueva. Aquélla que ya anunció Dios por boca de Isaías: *«Mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?»* (Is 43, 19) Esa novedad está ya presente y es anticipo de ese *«cielo nuevo y tierra nueva en los que habitará la justicia»* (2 Pet 3,17).

2) **El Espíritu es solidaridad.** O, si se prefiere esa palabra, es comunión. La novedad que induce el Espíritu tiene su origen en la

comuni3n del Padre con el Hijo (1 Jn 1,3). El Esp3ritu nos ha hecho «hijos con el Hijo», «certifica a nuestro esp3ritu que somos hijos de Dios» (Rom 8,16), y nos establece as3 como hermanos de los dem3s hombres.

De este modo, el mismo Esp3ritu que constituye la comuni3n de las dos personas trinitarias la va estableciendo entre los seres humanos. 3l es quien nos revela «su designio secreto, establecido de antemano... hacer la unidad del Universo por medio del Mes3as, de lo terrestre y de lo celeste» (Ef 1,10).

Este designio no es s3lo para el futuro. Se va realizando "en primicias" en nuestra vida presente y podemos asistir a sus logros. Juan lo dice en su carta primera: «Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos (3,14). Cuando amamos a los otros -en lo bueno y en lo malo- sentimos que la fuerza del Esp3ritu que nos hace hijos nos empuja a reconocernos como hermanos y a dar la vida por otros. Cuando lo hacemos en seguimiento de Jes3s, aun en peque3a medida, reconocemos en nosotros algo que nos supera: es la presencia del Esp3ritu del Hijo.

3) El Esp3ritu es hondura. La creatividad, la solidaridad han de ser expresi3n de una fuerza interior para no convertirse en mero activismo, en pura exterioridad. En el yo profundo del que esa fuerza nace habita el Esp3ritu. 3l es el Dios m3s interior a nosotros que nosotros mismos (San Agust3n). En 3l convergen todas las iniciativas, acciones, afanes creativos. Por eso en la Escritura se dice que «el Esp3ritu tiende a la vida» (Rom 8,5) y sus frutos son amor, gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio propio (G3l 5,22).

En lo profundo de nosotros mismos se unifican todos nuestros impulsos exteriores, all3 se remansan y encuentran su verdad. Por eso la donaci3n del Esp3ritu va unida a la de la paz (Jn 20, 20.22). Pero

«no como la da el mundo» (Jn 15,27), sino una paz profunda, tocada por los avatares de la vida, pero invulnerable a ellos.

CATEQUESIS SOBRE EL ESPÍRITU

Si de Jesús, de la Iglesia, de los sacramentos se puede hablar, el Espíritu Santo hay que sentirlo. Esta es la razón de que una catequesis sobre el Espíritu no puede ir separada de la experiencia. De ahí su dificultad, aumentada por el hecho de que del Espíritu no hay una experiencia directa. «*El Espíritu es un ámbito de ser, una manera de asumir y realizar nuestra existencia en apertura a Cristo y unidad con los hermanos*», dice Pikaza. Y en la misma línea recuerda Rovira Belloso: «*El Espíritu es la luz que ilumina y hace comprender (a Cristo) mucho más que el 'objeto', que debe ser comprendido por sí mismo. A la luz no se la ve, a pesar de que ilumina. Lo mismo el Espíritu*».

Esta última cita, que utiliza la metáfora tan evangélica de la luz, nos da pie para establecer lo siguiente: A la luz del Espíritu descubrimos nuevos horizontes (creatividad); descubrimos a los otros como hermanos (comunidad); nos descubrimos a nosotros mismos (interiorización).

Así pues, **el camino catequético pasa por la iniciación en los tres ejes de la acción del Espíritu: creatividad, comunidad, interiorización.**

Pero justamente esta iniciación no es cosa de un día. Requiere un acompañamiento y no una indoctrinación e implica recorrer un camino personalizado. Exige, pues, un acompañante espiritual en un proceso nada parecido a que, el día que toca, el monitor de confirmación explique la ficha en la que se habla del Espíritu Santo.

Parecerá sin duda utópico dadas las condiciones de las catequesis parroquiales, pero todo el proceso catequético ha de ayudar a ir haciendo la experiencia del Espíritu. Sólo después, en un momento determinado, una catequesis específica puede teorizar lo que se ha vivido. Pero antes hay que vivirlo.

Podemos precisar más concretamente cómo ir trabajando esas tres dimensiones:

Creatividad. Cada uno es único ante Dios. Esta afirmación que la teología elaboró por influencia del existencialismo ha de ser revitalizada. Cada uno puede dar de sí más de lo que parece, cada uno puede salir de las normas uniformadoras que le rodean. Para decirlo con un término bíblico, cada uno tiene vocación de profeta. La catequesis ha de favorecer el descubrimiento personal de esa dimensión.

Pero de nuevo hay que insistir en la condición "sine qua non". Se tiene que tratar de una catequesis personalizada, la cual puede parecer, sin que lo sea, una redundancia. El acompañamiento catequético ha de inducir el que cada uno descubra, como Jesucristo mismo, que el Espíritu le ha ungido y le ha enviado (Lc 4, 18), que ha sido creado creador (Garaudy).

Comunión. Jesús dijo que era vida y camino. La vida es vida comunitaria, el camino lo es hacia la fraternidad. Una catequesis del Espíritu ha de ir iniciando en ellas. Y ello es imposible sin el recurso a la acción.

«Que la existencia sea acción y la existencia más perfecta acción más perfecta, pero acción también, es una de las intuiciones maestras del pensamiento contemporáneo». Lo dijo Mounier muy ajustadamente. Porque, en efecto, no hay otra forma de manifestar y construir la fraternidad que con las obras.

No es éste el momento para mostrar cómo Jesús fue haciendo con sus discípulos un trabajo catequético a partir de la acción, cómo les hacía asistir a sus obras, cómo les invitaba a repetirlas y les ayudaba a descubrir su sentido. Más aún, cómo les aseguraba que harían obras incluso mayores que las suyas (*Jn* 14, 12).

Este mismo camino ha de recorrer la catequesis del Espíritu, pero ello exige al menos dos condiciones: que el catequista pueda dar su testimonio personal y no hable sólo de oídas y que las obras que se proponen estén adaptadas a la capacidad de cada uno y no sean recibidas como una obligación o una carga. En otro caso no podría darse la experiencia del Espíritu como liberación y buena noticia.

Finalmente, **interiorización**. Los dos momentos anteriores tienen que terminar en lo que los verifica: esa entrada en uno mismo en la que se percibe su verdad, en la que se gusta la paz que los envuelve, en la que lo relativo de lo humano atisba el absoluto de Dios. La catequesis del Espíritu tiene que ir jalonada de momentos de contemplación. Más todavía: tiene que ser una escuela de contemplación.

Pero hay que recordar que el cristianismo es una de las religiones "proféticas" y que por ello esa contemplación no se hace saliendo de la realidad, sino adentrándose en ella. Por esto el vehículo privilegiado ha de ser la lectura creyente de la realidad. El último peldaño de la catequesis del Espíritu se franqueará cuando se aprenda a leer su presencia en los acontecimientos de la realidad y a orar sobre ellos con alabanzas, acciones de gracias, peticiones de intercesión.

ALGUNAS OBSERVACIONES

Falta acaso añadir algo que pueda contestar a posibles objeciones. Porque, en efecto, alguien puede argüir y con razón: ¿Por qué se

supone que la creatividad, las tareas emprendidas en una línea comunitaria e incluso la interiorización son obras del Espíritu? ¿No son también patrimonio de otros que no son creyentes? ¿No pueden atribuirse en cada caso a la educación, al talante personal, a influencias culturales? La respuesta cumplida a estas preguntas no puede darse en el estrecho margen de este artículo. Sí pueden apuntarse al menos algunas observaciones:

Ya dijimos antes, citando un artículo de Comblin, que, en efecto, *«no es fácil discernir lo que en un acto humano pertenece al Espíritu, a la creatividad humana o a la cultura»*. Por esta razón hay que ser cautos y no *«caer en banalizaciones del tipo: he visto una idea clara, por tanto digo que es una experiencia del Espíritu; he vencido un rencor y lo atribuyo sin más a la experiencia del Espíritu»* (Rovira Belloso).

Y por otro lado el propio evangelio afirma que muchos que no han conocido a Jesús han realizado las obras del Espíritu (Mt 25,44).

Esto supuesto, hay que añadir que la experiencia del Espíritu se da en los ámbitos antedichos porque en ellos sentimos y vivimos la presencia en nosotros de algo que es nuestro y, sin embargo, va más allá de nosotros mismos. *«Vivo yo, pero no yo; es Cristo que vive en mí»*, se atrevía a decir san Pablo (Gál 2,20). Con toda la humildad necesaria, lo mismo puede decir el cristiano cuando en su creatividad, en la acción o en la contemplación se descubre portador y transmisor de algo que le pertenece y a la vez le supera. En esas ocasiones puede palpar que palabras del evangelio que se leen como deseos, como objetivos utópicos, no son tales sino verdad. Que los creyentes son *«la luz de la tierra y la sal del mundo»* (Mt 5,13); que son *«unos locos por Cristo»* (1 Cor 4,10), que *«entregan sus cuerpos al suplicio de Jesús»* (2 Cor 4,9ss), que *«hasta los demonios se les someten en su nombre»* (Lc 10, 17).

Pero de nuevo hay que añadir que todo esto puede estar sujeto a engaños y que el discernimiento es siempre necesario. ¿No dijo Jesús que habrá quienes han profetizado, echado demonios, hecho milagros en su nombre y él no iba a reconocerles (*Mt 7,22*)?

Un punto de referencia será siempre el que la acción del Espíritu hace pasar de la muerte a la vida. Cuando la gente pide un signo a Jesús recibe una respuesta enigmática: no se les dará otro signo que el signo de Jonás. Pero precisamente esa señal se da cuando alguien pasa de la muerte a la vida. Porque *«el último Adán (Cristo) se ha hecho un Espíritu que da vida»* (*1 Cor 15, 45*).

Y otro punto más: las acciones según el Espíritu crean fraternidad, como Jesús mismo, que crea en su persona *«una sola y nueva humanidad, haciendo las paces»* (*Ef 2,15*).

Y aún otro: sin que el Espíritu nos libre del riesgo, del temor a veces, del fracaso, sus acciones van siempre teñidas de paz, esperanza, fuerza (*Rom 15, 19*). Porque el Espíritu garantiza que en toda situación es posible rezar, es posible amar, es posible esperar.

En consecuencia, ésta debe ser la última afirmación: hay que estar siempre vigilantes para no caer en las tentaciones que nos acechan, pero cada vez que fallamos -muchas, sin duda- *«el Espíritu viene en auxilio de nuestra debilidad... e intercede por nosotros con gemidos callados»*. De tal modo que *«el que sondea los corazones sabe lo que pretende el Espíritu»* (*Rom 8,26s*)

Con esa esperanza caminamos en el Espíritu Santo, sabiendo que su clima es la fraternidad; su objetivo, la reconciliación; su horizonte, la salvación universal. Que un día Dios será *«todo en todos»* (*1 Cor 15,26*).

¡Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de los fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor!